
El bullying es de a tres.

Por Claudio Altisen – Rosario, Enero de 2025

Pensemos en una única escena, en la que no hay dos, sino tres personajes. Uno hace, al otro se le hace algo y un tercero se hace algo al verse mirando lo que hacen los otros.

Esa estructura no es rara. En los relatos ancestrales, ya sean míticos, religiosos o literarios, las escenas prototípicas no son binarias, sino que suelen estar protagonizadas por tres personajes. Y de los enredos en esas escenas se sale por un tercero que, al final de las trifurcas, queda en pie para narrarla a la posteridad.



Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, también habla de esta dinámica tripartita en muchos de sus textos. En su escrito *“Pegan a un niño”* (1919), por ejemplo, aparecen tres figuras en tres momentos. Primero, el padre golpea al niño que yo odio, al que detesto por celos. Después, yo soy golpeado por el padre, porque soy culpable y merezco su castigo. Finalmente, observo con satisfacción cómo un niño extraño está siendo golpeado.

Estas escenas de golpes revelan tres posiciones: primera, cuando el padre golpea al otro, es porque no lo quiere a él y me ama a mí; segunda, cuando me golpea a mí, es porque me muestra su amor ya que su castigo alecciona; tercera, cuando golpean a un tercero, me satisface ver que estoy a salvo porque la lección se realiza, pero el que la liga es un sustituto de mí, un chivo expiatorio que carga mis pecados.

Se trata de tres personajes, en tres momentos y con tres posiciones, pero donde siempre hay uno que somete a otro ante otro más. Un personaje principal somete al segundo, que está completamente impedido de defenderse, mientras un tercero observa la escena. Este último, al mirar a los otros dos, se ve a sí mismo doblemente reflejado en esa dinámica. Se complace por partida doble: crimen y castigo. Por eso se la queda viendo. Porque, además de validar y retroalimentar a los otros dos, gusta de identificarse con la fuerza mostrada y con la debilidad velada.

Esta interacción funciona siempre con referencia a un tercero en juego. No funciona sin testigos. Porque de lo que se trata es de montar una “mostración” de aquello que no se dice. Es eso: una dramatización, una sobreactuada muestra de fuerza para velar la insoportable debilidad, tapando así los agujeros de sus almas. Por eso lo esencial es captar el montaje de la escena, quién provoca el daño, a quién se le inflige y cómo se ve uno en esa interacción. Ya que lo que está sucediendo en la escena es que un niño queda ubicado en la posición de quien es golpeado, además hay otro que provoca el daño, y un tercero que permanece mirando. Todos actuando una fallida respuesta a la pregunta: *¿Qué quiere el otro de mí?* Todos actuando como instrumentos del otro para gozar de los otros como si fueran la escoria que solo existe para tapar agujeros en sus orificios.

Es necesario considerar esta triple organización porque ahí está lo que hay que elaborar discursivamente (charlando, reflexionando y encuadrando). Lo que está ahí para ser elaborado son las formas en que los involucrados experimentan su goce (del cuerpo, de la imagen de sí, del sentido con el que se pretende justificar lo que sucede) y la posición subjetiva que cada uno sostiene frente a eso.

Ahora bien, el asunto no es tan simple y lineal. Es un error interpretar estas tres posiciones como si fueran secuenciales o excluyentes: agresor, agredido y mirones, cada uno por separado. En realidad, las tres posiciones coexisten en cada uno de los tres personajes que actúan en los diferentes momentos de una única escena coagulada. Por ejemplo:

- Quien se queja de lo que otros le hacen también puede ser causante de daño en otras situaciones. Una cosa no quita la otra. Tal vez se lamenta de que otros no se interesan ni le miran ni le hablan, para que estos sean señalados y sancionados, mientras la víctima consigue atención y muestras de amor. De hecho, la primera y más arcaica forma de hacerle falta al otro es con la propia desaparición. Por eso conviene distinguir, a veces incluso sin separar, entre víctima real y posición de víctima (objeto del goce del otro). Lo cual no es fácil de dilucidar.
- Por otro lado, el causante activo del daño a un tercero también puede ser, paradójicamente, víctima en otra escena. Este sujeto puede estar actuando hacia afuera la “marca” (muda y corporal) de aquello que lo dañó antes y desde dentro.
- Finalmente, están los terceros que observan la escena. Permanecen “pasivos”, sin intervenir. Pero pasivos hasta por ahí nomás. Porque se gozan de lo que están viendo y, además, lo difunden... con lo cual causan daño, activamente. Sin embargo, dado que guardan distancia y testimonian, difunden, aunque tan solo lo hacen contando acriticamente lo sucedido... tienen asimismo una mejor posición para poder llegar a “ver-(se) mirando”, animarse a vencer el miedo, y detener la inercia repetitiva dando el mortificante paso de hablar.



En la consumación del “bullying” (intimidación, acoso entre pares) los tres personajes son impotentes para hacer algo con lo que les pasa e ir más allá de esa escena. Quedan atrapados en ella. Además, hay que tener en cuenta que las modalidades del daño no se limitan al grito o al golpe físico. No hablar también es una forma de daño. De hecho, la principal manera de castigar a otro (incluso castigándose) es rodear la escena con un muro de silencio. Este silencio se manifiesta de diferentes formas en las tres posiciones: quien golpea no habla ni escucha; quien es golpeado está silenciado; quien observa no interviene ni denuncia. Todos quedan encerrados ahí.

Salir de la encerrona en la escena “bullynescas” requiere ponerle palabras. La salida requiere correr el velo. Romper la pared de silencio, agujerearla y construir un sendero de palabras por donde pasar a

otra actitud. Requiere un corte subjetivante, a partir del cual reposicionarse de manera diferente en los asuntos de la vida. Contando para eso con dispositivos adecuados para que la palabra circule de manera tal que, sin miedos, el agresor pueda expresar su malestar y su bronca con anticipación, que el agredido se pueda defender y pedir ayuda, y que el testigo pueda interrumpir de algún modo el curso de los sucesos.

Al superar la trampa silenciosa, la vida adquiere otro color y se siente distinta hasta en el cuerpo. Es importante no perder de vista la corporeidad, porque de lo que se trata es de eso precisamente: que la literalidad actuante de lo que pasa en el cuerpo no pase al acto sin develamiento, sino que pase a la producción de actos de palabra. Que transforme el automatismo gozoso (de uno) en placentera articulación (con otros). A sabiendas de que existe uno, pero que uno no es el único que existe.

Para pasar del bullying es necesario asumir responsabilidad subjetiva. O sea, responder a cuenta propia por los actos, realizados, padecidos y mirados. Retomar los senderos perdidos de la palabra, para reanudar el camino que se ha detenido en el tiempo narcisista. Es que hay operaciones psíquicas que se han detenido y que se deben retomar. En orden a estabilizar lo que pasa por el cuerpo para poder serarlo en concatenaciones significantes, en un discurso apropiado.



Hay que parar esa triple muestra de actuaciones mudas y ponerles palabras. ¡Hablar! Para poder “discurrir”, atravesando el muro de silencio con palabras y, así, empezar a dejar atrás, paso a paso, esa triple posición triplemente dañina.


Ps. Claudio Altisen
ONG: Si nos reímos, nos reímos todxs.

SI NOS REÍMOS,
nos reímos
TODXS
ASOCIACIÓN CIVIL

 @nosreimostodxs

 @nosreimostodxs

 www.nosreimostodxs.com

 si nos reímos, nos reímos todos